

apóstol San Pedro, «la gracia hace de dos vidas una sola vida, protegida por una y otra parte por la paciencia, dominada por un amor fraternal, del cual procede el constante cambio de sacrificios (10).»

El amor paciente y abnegado, fruto de la gracia y ángel custodio de la vida común, ¿es el huésped de todos los hogares? ¡Por desgracia, no! No es aventurado el afirmar, que en los matrimonios cristianos hay una multitud de maridos que no están dispuestos á corresponder á la paciencia y la abnegación con que se les trata. Podrán tener las virtudes del hombre honrado, que hacen tolerables las uniones, pero les falta la gracia, que hace estas uniones dichosas y perfectas: estos maridos no se han entregado por completo á sus esposas, porque rehusan entregarse á Dios: que no retarden ya más esta donación; sólo á este precio conseguirán la dicha completa de la vida conyugal.

Es necesario que las mujeres cristianas por su parte, no se desalienten con los retardos prolongados de esta conversión que tanto apetece, y que debe fundir su vida en una vida que les es tan querida. Acuérdense de aquella mujer heroica, patrona de las esposas y las madres desoladas, que durante largos años esperó con paciencia la misericordia de Dios. Más adelante presentaremos á sus ojos el admirable espectáculo de la paciencia y el sacrificio que acabaron por triunfar de un esposo infiel y de un hijo extraviado.

Como Mónica, las mujeres cristianas vencerán si saben esperar; y en sus uniones hasta el momento imperfectas, si no son aquéllas desgraciadas, verán por fin realizarse el milagro de la gracia, de la cual habla el Apóstol cuando dice: La fusión de dos vidas en una sola protegida por una y otra parte por la paciencia, y dominada por un amor fraternal, del cual procede el constante cambio de sacrificios.

## CAPÍTULO III

### El amor paternal y maternal

El amor paternal y el amor maternal.—Los padres imagen de Dios.—La gracia ilumina y dirige su amor en el gobierno doméstico.—1.º La gracia enseña el deber.—Cómo prepara en el corazón de los padres el nacimiento del hijo.—El amor junto á la cuna.—La obra de la educación.—Su fin supremo: el hombre honrado,—el cristiano,—el santo.—2.º La gracia dirige el amor paternal y maternal, preservándole de las ilusiones,—de las debilidades,—de las negligencias,—de los desacuerdos que podrían comprometer al gobierno doméstico.—Origen de las vidas santas.



A vida común de los esposos, perfeccionada por la gracia, no debe ser perpetuamente una existencia para los dos.

El hombre y la mujer unidos por el matrimonio, poseen una fuerza generadora, y son, según la hermosa frase del Catecismo romano, —«representación viva de Dios inmortal (1).» Como Él, deben comunicar su naturaleza; como Él, deben verse revivir en un retoño animado, sér encantador del cual cada uno de aquellos puede decir:—¡Es mío! ¡Es mío! En un principio eran sólo esposos; luego son padre y madre. Sus corazones, sin separarse uno de otro, se vuelven con un mismo movimiento, hacia un nuevo objeto, al que llaman su amor, el cual completando la familia, termina su semblanza al tipo divino.



En germen en el amor conyugal, el amor paternal y maternal acaba de florecer: el gobierno doméstico es el campo bendito en que va á desarrollarse. Es preciso creer que la gracia del sacramento del matrimonio no abandona á los esposos en el momento en que son padres. Debiendo perfeccionar su amor, la gracia lo toma bajo todas sus formas, y hace sentir su bienhechora virtud en el gobierno doméstico, como influye con la unión conyugal y la vida común.

Así, pues, la gracia perfecciona el amor paternal y maternal, les ilumina para cumplir todos sus deberes, y particularmente el fin sagrado que deben llenar con su constante dirección, les preserva de las ilusiones, las debilidades, las negligencias y los desacuerdos que podrían comprometer su empresa.

## § I

### CÓMO LA GRACIA ILUMINA EL AMOR PATERNAL Y MATERNAL.

En el corazón de los padres cristianos el amor, dominado é ilustrado por la gracia, prepara el nacimiento de ese pequeño sér, en el cual deben contemplar su imagen y amar su propia sangre. Antes de la alegre aparición, que les hará pronunciar esta frase llena de ternura: —«¡Gracias á Dios, tenemos un hijo!»; ántes de abrirse esta delicada flor, cuyos perfumes embellecerán su hogar, cuidan ya con solicitud sus misteriosos gérmenes. La gracia les ha hecho comprender que la generación humana no se parece en nada á la de los seres inferiores, cuya vida no procede sino de una vegetación inconstante ó de la fuerza de los instintos; que el hombre debe emplear toda su alma en la paternidad; que si no dimana de él mismo la llama inmortal que anima el retón de su sér, puede, bajo la influencia de su espíritu, preparar su tabernáculo; que los hábitos intelectuales y morales se insinúan y se graban, ignórase por qué misteriosas generaciones, en la sustancia que espera el soplo de Dios; que el alma de su hijo, obedeciendo á la moción de su Padre celestial, recibe, tocando las paredes dóciles del cuerpo que va á vivificar, la moción del alma de sus padres terrenales. Cuanto más está embebida esta alma de virtudes, cuanto más impregnada está de la gracia,

tanto más fuerte será contra el veneno de la concupiscencia, que en el acto por el cual se comunica la vida, tiende á penetrar el sér que ha de nacer. Por esto, el primer acto del amor paternal, en un padre cristiano, es obedecer á la ley providencial más que al egoísmo de los sentidos, y tomar posesión en nombre de Dios, de la vida que aquél produce, á fin de poder decir como nuestros primeros padres:—«Yo he tenido un hombre por Dios (2).»

Por su parte, la madre cristiana comprende que debe amar al sér que vive en su seno, con otro amor que el instintivo que evita el comprometer su existencia. El hijo recibe en su seno gotas de vida que conducen allí canales secretos, pero también vivas impresiones que, desde el alma de la madre, vibran en la del hijo, á través de los delicados elementos de su cuerpo. —«Cuidate,» dice la naturaleza.—«Respétate,» dice la gracia. Y la madre cristiana se respeta: comprendiendo que durante los nueve meses tan dulces y tan penosos á la vez, y cuyo término es tan solemne como misterioso, toda agitación desarregla el espíritu; todo tormento del corazón, todo afán de placer, toda concesión á las más vivas pasiones, puede ser un crimen. Cuidándose á sí misma, cuida también á su hijo: como santificándose, le santifica también. Siéntele crecer, y le ama, y le da un lugar preferente en sus oraciones y buenas obras. Así, adelanta las lecciones y los ejemplos que deben hacerle hombre honrado, y la gracia que debe convertirle en cristiano. Antes que resuene en la familia este alegre grito: —*¡Nos ha nacido un hijo!* el amor paternal y maternal han empezado ya la educación cristiana.

¡Cómo acuden alrededor de la cuna, que acaba de recibir al recién nacido! El amor dice al padre, que allí hay una vida más en la familia, y que es necesario redoblar la actividad y los esfuerzos: el amor dice á la madre que ha llegado la hora de sacrificarse. ¡Baldón y vergüenza, para estas mujeres sin corazón que se apresuran á entregar á manos extrañas, todo lo que hay de penoso y desagradable en los cuidados de la maternidad, para no marchitar su tez, y para tener más libertad de volver pronto á la vida del mundo! ¡Baldón y vergüenza para estas mujeres frívolas, que creen haber satisfecho todas las obligaciones del amor maternal, prodigando sonrisas, besos y caricias! La verdadera madre, aun cuando sólo escuche la voz de la naturaleza, comprende sus deberes de un modo distinto; ¡cuánto más, cuando está iluminada por la gracia!



Quiere alimentar el fruto de su vida con la suya propia: con sus propias manos quiere cuidarlo y mecerlo: para ella, todo contacto que no sea el maternal, es un contacto profano, y á veces, por desgracia, un contacto peligroso. Los desfallecimientos del alma, como los del cuerpo, son debidos, á menudo á la inmoralidad de los cuidados mercenarios, á los cuales las madres confían sus hijos en la infancia. Si la madre cristiana cede alguna vez á la imperiosa necesidad que la obliga á tomar auxilio en su amoroso cargo, no renuncia á él por completo: sus ojos y su corazón velan sin cesar y sobre todos los detalles, y no hay nadie que pueda mortificarla, porque ella es la madre. ¡Cuánto amor prodiga, aun cuando no es comprendido! La cuna, en la cual descansa un pasivo egoísmo, que es objeto de todos los cuidados sin agradecerlos, es el centro de todos los sacrificios maternos: vigiliias, angustias, llantos, delicadezas infinitas, todo se consagra allí.

Pero es necesario mirar más allá de la cuna. ¿Qué será el niño á cuyo amor se sacrifica, cuando saldrá de su estado pasivo, para entrar en la edad activa? *¿Quis, putas, puer iste erit?* Esta es la cuestión que plantea el amor maternal, y esta es la que necesita la luz de la gracia, para la grande obra de la educación.

Hay un amor grosero, que sólo ve con los ojos de la carne, y sólo tiene cuidados para lo que recae en los sentidos. El cuerpo del niño, es para aquél una especie de ídolo, cuyo culto le absorbe, y se contenta con prodigarle sensuales ternuras. No sólo está atento á todo lo que puede perjudicar á este pequeño Dios, sinó que siempre teme que se muera. Le hace comer con exceso, le engorda, le fortifica. ¡Qué carnes más hermosas! ¡Jamás se ha visto cosa semejante! El amor carnal le acaricia, le abraza, le come á besos, sin apercibirse en su ceguera, de que el cuerpo cuidado con exceso, se enriquece con perjuicio del espíritu, de una maléfica energía: preocupado únicamente por el cuerpo, jamás se piensa en el alma.

Superior al amor carnal, hay un amor sensato, razonable, cuya perspicacia penetra hasta las fuentes de la vida animal, la única que se manifiesta en los primeros días de la infancia, y que considera el cuerpo como templo de un alma. Bajo las bóvedas de este templo, el alma está rodeada de tinieblas, de corrupción y de miseria: es necesario apartarle de todo esto, *educere*, es

decir, educarle. El amor de los padres, cuando es prudente, espía el despertar del alma infantil, y le ayuda á separarse de la vida de los sentidos, para hacerla entrar en un mundo inmortal, en el cual brilla la luz de la verdad y del bien. No se trata sólo de adornar esta alma, con conocimientos que hacen al hombre social é inteligente; sinó y principalmente, de embellecerle con las virtudes que hacen al hombre honrado. Por esto, procura que el niño se eleve, desde las bajas regiones en que domina el instinto, á las regiones superiores en que el deber se impone. Allí, el niño aprende á usar noblemente de sus facultades, á medir sus actos, á domar sus instintos, á regular sus pasiones: allí germinan y se desarrollan los generosos y santos hábitos, que se llaman virtudes: allí el hombre se hace prudente, fuerte, justo, temperante, modesto, afectuoso, casto, abnegado, previsor en sus propósitos, firme en sus resoluciones, fiel en sus afectos, imprimiendo á sus pensamientos, palabras, acciones, el mismo movimiento de rectitud y lealtad; como igualmente opuesto al exceso y á la molice, sabiendo preservarse del orgullo en la prosperidad, como del abatimiento en la desgracia, tanto más adicto á sus deberes, cuanta mayor es su responsabilidad, irreprochable en su vida pública como en la privada, ciudadano más útil á su patria en cuanto es un hombre honrado.

La prudencia humana no ve más allá. Sin embargo, hay algo más que hacer, y no tememos decirlo: si no se alcanza este más allá, no puede alcanzarse con toda su plenitud el bien de la honradez natural.

Superior al amor carnal, que atiende sólo al cuerpo en detrimento del alma; superior al amor sensato que se contenta con hacer al hombre honrado, hay el amor cristiano. Este, después de haber contemplado el alma en su templo de carne, contempla y venera el alma misma, en el templo de Dios. El padre y la madre han dado vida al hijo, pero Dios también le ha dado la suya; Cristo ha entrado triunfalmente en esta pequeña alma, la ha teñido con su sangre, la ha marcado con su carácter, la ha llenado de la virtud del Espíritu Santo, y la ha impregnado de los hábitos divinos, con los cuales se reconocerá un día el cristiano. Padre, madre: la fuerza generatriz de la naturaleza no ha podido dar á vuestro hijo sino vuestra sangre, vuestra fisonomía, y la influencia, poco segura, de vuestras virtudes; la fuerza genera-



dora del Verbo Encarnado le ha dado la gracia que vosotros poseéis: como cristianos, vivís en un mundo misterioso que domina las más elevadas regiones de la naturaleza: desde él es necesario decirle:—¡Ven!

El mundo sobrenatural es una tierra fértil y cálida, en la cual la honradez florece más pronto, más segura y más lozana que en los fríos terrenos de la naturaleza, invadida por la cizaña de los instintos y las concupiscencias. En este mundo se aprende á conocer á Dios tal cual es: sus augustos rasgos se dibujan más fácilmente con las luces de la fe, que con la débil luz de la razón. Esta, nos lo representa como un sér inaccesible y frío; la fe, nos dice que es nuestro Padre, que nos ha amado hasta el extremo de darnos su hijo, y de comunicarnos su Espíritu: que vivimos de su vida: que cada día, á cada instante, recibimos de él, un divino suplemento de fuerza, para llevar la carga de la vida, y luchar contra todos los enemigos de la verdad y del deber.

Vivimos por Dios, y por Dios somos transformados. Luego las virtudes naturales, no son ni pueden ser sino una preparación á una gran honra, un esbozo de la perfección natural á la que debe aspirar el cristiano. La virtud nos acerca á Dios, la gracia nos une á El: la virtud nos engrandece, la gracia nos eleva y nos hace remontar como el águila, entre la tierra y el cielo. La gracia agrega á la naturaleza, virtudes que sólo de ella pueden emanar la fe, la esperanza y la caridad: aquélla embellece, sobrenaturaliza los hábitos morales, penosamente formados con un legítimo y generoso uso de las facultades humanas. La gracia, dirige la prudencia con divinos consejos, que la hacen apartar de todo cálculo interesado, la preservan de estos sutiles errores en que se pierden los prudentes del siglo, y la transforman en esta serena y elevada sabiduría, en la que se reconoce el sello de la sabiduría eterna. La gracia da á la justicia un pudor y una delicadeza esquisitos, como se dilata la templanza en una multitud de encantadoras y austeras virtudes, cuyo nombre es ignorado por todas partes donde sólo hay hombres honrados. En fin, en el mundo de la naturaleza, el hombre perfecto, se llama hombre honrado; en el mundo de la gracia, el perfecto se titula santo.

Formar el hombre honrado, perfeccionarlo con el cristiano, preparar á éste para ser santo: he ahí la trabazón divina de los deberes del amor paternal y maternal en el matrimonio cristia-

no; el fin sagrado de este acto de gobierno doméstico, que se llama educación.

¿De qué proviene, que no todos los padres obtengan igual éxito en esta obra tan importante? ¿Por qué razón se estrella miserablemente en gran número de familias? ¿Es acaso porque no se cuenta con las luces de la gracia?— No siempre. El amor cristiano más celoso de sus deberes y el mejor intencionado, puede errar el camino, sino se abandona á la constante dirección de la gracia, si para esta dirección, no se ha preservado de las ilusiones, de las debilidades, de las negligencias y de los desaciertos que puedan comprometerla.

## § II.

### COMO LA GRACIA DIRIGE EL AMOR PATERNAL Y MATERNAL.

La más común y más peligrosa ilusión de los padres, es el creer que encontrarán en el corazón del hijo un amor igual al que ellos sienten. «El afecto, dice un ilustre prelado, desciende, jamás se remonta.» No comprendiendo esta ley ó no queriendo resignarse á no ser bien correspondidos, el padre y la madre se rebajan hasta hacer ruegos inconvenientes, para violentar el corazón de un hijo que parece frío ó insensible y no quiere rendirse: se halaga, se suplica, se humilla, se hinca de rodillas:—quiero ser amada, dice una madre joven, y con esta idea fija cubre de caricias á su hijuelo, le colma de cariño, cierra los ojos ante sus defectos, solicita una sonrisa, un beso, una palabra, una mirada hasta por medios indignos, descendiendo á extremos que desdican de su carácter. ¿Y cual es el fruto de esta ilusión, el resultado de esta falta? El convertir al hijo en un ídolo sin corazón, acabando por persuadirle, de que haga lo que quiera, es necesario para la dicha de sus padres.

El amor dirigido por la gracia, no tolera que en la familia cristiana se presente este monstruoso fenómeno: sabe que pedir amor á una naturaleza pasiva, que no quiere sino recibir, es llamar á la puerta de un sordo: y cuando parece querer corresponder, desconfía de las ternuras expansivas y de las caricias apasionadas, que casi siempre ocultan un deseo egoísta. Si aquel amor espera